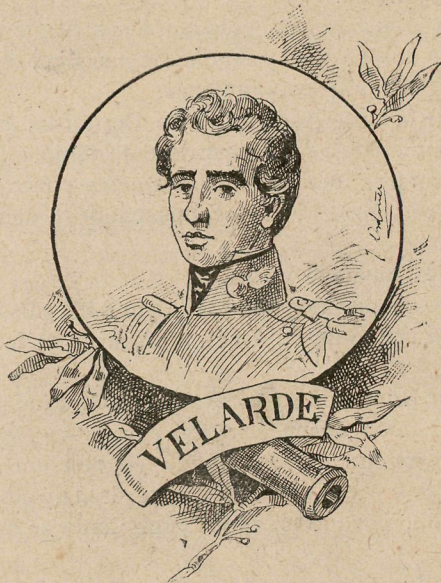


Desgraciadamente el llamado Parque era tan solo un grande y vetusto palacio del duque de Monteleón, y las municiones se hallaban tan escasas que para cada cañón sólo se contaba con diez cartuchos.

Apesar de esto Daoíz y Velarde organizaron los pocos elementos de que disponían para la resistencia. Colocaron un grupo de paisanos y soldados al mando del teniente Ruíz



en las alturas del Parque, distribuyeron algunos voluntarios del Estado en las ventanas para proteger los fuegos, á otros paisanos con el señor Abate en varios puntos; y de los cinco cañones arrastrados á brazo, colocaron dos enfilando la calle de San Pedro desde la parte interior con las puertas cerradas, sirviendo los artilleros las piezas y fabricando cartuchos al mismo tiempo.

A poco llegó por la calle de San Pedro, una fuerte co-

lumna francesa mandada por el general Lefranc. Daoíz y Velarde aguardaron á que los gastadores llegaran hasta el Parque y comenzasen á derribar la puerta. El estrago que causaron los cañones fué horroroso: cien franceses cayeron muertos ó heridos.

Asombrado Murat de aquella resistencia, mandó á la división Westfaliana al mando del general Lagrange con artillería y caballería.

Los otros tres cañones, colocados por Daoíz y Velarde en las calles de San José y Ancha de San Bernardo, fueron defendidos por hombres y mujeres.

Al final de la calle Ancha de San Bernardo, un paisano llamado Manuel Malasaña, cerrajero de oficio, ayudado por su mujer y su hija, luchaba valientemente contra los soldados enemigos y mató á varios, ensañándose con un oficial de caballería.

El combate duró tres horas.

Aunque los imperiales ametrallaban á los paisanos, éstos avanzaban á pecho descubierto, á disparar el fusil ó la escopeta.

El teniente Ruíz, por un exceso de bravura fué gravemente herido; y poco después lo fué el capitán Daoíz en un muslo; pero sin embargo, apoyado en una cureña y casi solo, cargó dos veces el cañón con piedras de chispa que le llevó Velarde, porque todas las municiones se habían concluído.

Los soldados franceses hicieron señal de parlamento; avanzó Lagrange con un piquete, y pronto vimos á Daoíz cosido á bayonetazos. Los imperiales que penetraron en el Parque por traición y á la carrera, mataron á Velarde, que volvía con nuevas municiones, disparándole un pistoletazo por la espalda.

Muertos aquellos héroes, el Parque fué tomado por el enemigo, y el pueblo se desparramó por las calles para continuar luchando.

El joven Hernández completó el relato de Antonio, refiriendo con minuciosidad cuanto había ocurrido al grupo de que él formó parte, que se reconcentró en el Puente de Toledo.

Allí, un puñado de paisanos y soldados al mando del capitán de infantería D. Joaquín Fernández de Córdoba, marqués de Malpica, procuró detener las órdenes que el generalísimo Murat enviaba á los destacamentos de los Carabancheles y Leganés para que acudieran tropas en su auxilio.

—Pero ¿dónde estaban la Junta de Gobierno de España, y nuestros generales, mientras el pueblo y algunos militares se batían?—preguntó D. Andrés Torrejon, pálido de indignación.

—Por la tarde—contestó Antonio—aparecieron en las calles algunos individuos de la Junta llevando pañuelos blancos y gritando ¡Paz! Entonces fué retirándose el pueblo.

—Sí, pero cuando todo se creía tranquilo—añadió el joven Hernández.—Murat llenó de tropas las plazas; en cada boca-calle colocó un cañón con la mecha encendida, y en todas las esquinas mandó fijar el siguiente espantoso bando cuya copia he podido proporcionarme.

Todos los circunstantes oyeron con ansiedad la lectura de tan inícuo documento.

«Soldados: decía. El populacho de Madrid se ha entregado á la revuelta y al asesinato. Yo sé que los buenos españoles lamentan éstos desórdenes y estoy lejos de confundirlos con los miserables ávidos del crimen y del pillaje. Pero la sangre francesa ha corrido, y ella demanda venganza. En su consecuencia ordeno:

Artículo 1.º El general Grouchí convocará esta noche la Comisión militar.

Artículo 2.º Todos los que han tomado parte en la revuelta, ó sean arrestados con las armas en la mano, serán fusilados,



Artículo 3.º La Junta del Estado hará desarmar la villa de Madrid. Todos los habitantes que después de la publicación de este bando, conserven ó sean cogidos con armas sin un permiso especial, serán fusilados.

Artículo 4.º Toda reunión de más de ocho personas, será considerada como sediciosa y dispersada á tiros.

Artículo 5.º Toda población en que sea asesinado un francés, será incendiada.

Artículo 6.º Los amos serán responsables de sus criados, los jefes de los talleres de sus obreros, los padres de sus hijos, y los Superiores de los conventos de sus religiosos.

Artículo 7.º Los autores, distribuidores y vendedores de papeles impresos ó manuscritos provocando á la sedición, serán considerados como agentes de Inglaterra y fusilados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid el 2 de Mayo de 1808.—JOAQUÍN MURAT.—El jefe de Estado Mayor General, AGUSTÍN BELLIARD.»

Apenas se fijó el bando en las esquinas, comenzaron á recorrer las calles patrullas que prendían á cuantas personas encontraban, las registraban, y al hallarles un arma, por más que fuera propia de su oficio: el formón al carpintero, la navaja al barbero, el cortaplumas al maestro de escuela, las tijeras á la costurera, los conducían á la Comisión Militar establecida en la Casa de Correos bajo la presidencia del general francés Grouchi y el español Negrete, saliendo de allí sentenciados á muerte, sentencia que se ejecutaba sin confesión y sin defensa de las víctimas propiciatorias de aquellos desalmados.

—¡Qué noche tan horrorosa!—exclamó Antonio... Siglos enteros que viviera, no bastarían á borrarla de mi memoria.

—¿Y qué resultado ha tenido la lucha para esos nuevos bárbaros que se nos han metido en España?

—Bien pueden calcularse sus pérdidas—contestó el joven Hernández—en más de mil hombres.

—¿Y las nuestras?—preguntó Cecilia con los ojos bañados en llanto

—En unos cuatrocientos; pero lo que más horripila es las muchas mujeres que han perecido.

—¡Que horror!—gritó María.

—Cuando salimos de Madrid—añadió Antonio—se decía que los sentenciados á muerte, incluso las muchas mujeres que por haberles encontrado en los bolsillos tijeras ó navajas para el uso doméstico ó de sus respectivos oficios, habían sido sentenciados á muerte, iban á ser arcabuceados en la madrugada de hoy. A estas horas habrán asesinado á sangre fría los miserables, á más de trecientos prisioneros.

Don Andrés Torrejón profundamente impresionado, y ardiendo en deseos de justísima venganza á pesar de su avanzada edad, recordó que era alcalde y llamó á su casa á don Juan Pérez Villaamil, al otro alcalde D. Simón Hernández, á los regidores, al cura, al médico y á otros vecinos principales de la villa, haciendo que ante ellos Antonio y el joven Hernández repitieran la relación de lo ocurrido en la Corte.

Todos los convocados se miraban unos á otros después de oír el relato, revelando la más profunda indignación; y guardaban silencio, porque cuando el corazón siente, calla la boca.

Por fin el Sr. Villaamil tomó la palabra y dijo:

—Lo que ahora deberíamos hacer es transmitir á todas las provincias de España la noticia de los horrorosos crímenes cometidos en Madrid por los franceses, firmando la comunicación una autoridad eminentemente popular. Pero ¿quién se atreve á arrostrar el furor que este acto inspiraría á los poderosos invasores?

—¿Quién?—Yo—exclamó D. Andrés Torrejón irguiendo orgulloso la cabeza.

Y el anciano, con firme y seguro pulso, escribió y firmó delante de todos sus convecinos, que le miraban asombra-

dos, el célebre parte que ha inmortalizado su nombre, con cebido en estos términos:

LA PATRIA ESTÁ EN PELIGRO. MADRID PERECE VÍCTIMA DE LA PERFDIA FRANCESA. ESPAÑOLES, ACUDID Á SALVARLA.—2 DE MAYO DE 1808.—EL ALCALDE DE MÓSTOLES.

Su redacción y ortografía prueban que fué escrito por el alcalde y no por el Sr. Villaamil como han supuesto algunos.

Apenas redactado y aprobado por los circunstantes, se convino en enviar la patriótica proclama de alcades en alcaldes, valiéndose de propios que para ganar tiempo fueron á caballo, y como Antonio se hallaba herido, uno de los que se encargaron de tan expuesta y noble comisión fué el joven Hernández.

El parte llegó á Badajoz el día 4, habiendo recorrido el portador, que lo fué Hernández, más de sesenta leguas en dos días escasos.

Veamos ahora el efecto que produjo en España el sencillo y elocuente llamamiento del alcalde Móstoles.

IX

Al recibirlo en Badajóz el gobernador conde de la Torre del Fresno y el general Solano, publicaron el 5 una proclama contra los franceses, disponiéndose á marchar sobre Madrid; pero sabida la derrota del pueblo se paralizó el movimiento, y Solano, nombrado por Murat capitán general á Andalucía, partió á desempeñar dicho cargo. El teniente rey Mancio, y D. José María Calatrava, que después adquirió gran fama de orador, prepararon secretamente el alzamiento, que se verificó el 30 de Mayo, día de San Fernando, con el pretexto de no haber hecho la plaza las salvas de ordenanza.

Una mujer ~~h~~arrancó la mecha de manos de un artillero, disparó un cañonazo, y el pueblo asaltó la casa del goberna-

dor conde Torre del Fresno, quien se escapó por una puerta falsa siendo alcanzado cerca del Guadiana, y muerto por el pueblo.

Inmediatamente se formó una junta en la que tenían representación todas las corporaciones y gremios de la provincia, y por su iniciativa se formó un cuerpo de ejército de 20.000 hombres, compuesto de paisanos españoles y portugueses y de soldados.

Agitada Sevilla por el conde de Tilly y el famoso contra bandista Tap y Núñez, que había ido á la capital de Andalucía con el único objeto de sublevarla, con los soldados del regimiento de Olivenza entró en la noche del 26 sin resistencia en la maestranza, armó al pueblo y nombró una Junta que presidió D. Francisco Saavedra, desterrado por orden de Godoy en Puerto Real.

Cádiz estaba contenido por el traidor Solano, quien al saber lo acaecido en Sevilla, publicó un bando condenando la insurrección por temeraria; pero la guardia del parque fraternizó con el pueblo, y Solano huyó á casa de un banquero irlandés, matando en su fuga á un novicio llamado Olachea. El pueblo allanó la casa donde se ocultaba y le condenó á ser ahorcado, sentencia que no tardó en cumplirse.

El 9 de Junio rompió Cádiz el fuego contra la escuadra francesa, y el 14 se entregó el almirante Rosilly con cinco navíos y una fragata, adhiriéndose al alzamiento el general Castaños con sus 9.000 hombres del Campo de San Roque.

Ya hemos visto cómo se levantó en armas Zaragoza contra los opresores, en el relato del primer sitio de los dos que sufrió la heroica capital de Aragón.

El 9 de Mayo, al saber que el gobierno constituido trataba de publicar el bando de Murat, se sublevó Oviedo, y guiado el pueblo por los estudiantes eligió una Junta general del Principado.

El 22 se sublevó Cartagena, y á ésta ciudad siguió Murcia en el patriótico movimiento contra los invasores.

El 26 se alzó en armas Santander, sirviendo de pretexto al alzamiento una cuestión habida entre un español y un francés.

El 20 llegaron á Valencia los periódicos que publicaban la renuncia del trono que había hecho Fernando VII en Bayona, y se rebeló la ciudad eligiendo por jefe al franciscano P. Juan Rico.

El 30 secundó la Coruña el levantamiento de Asturias, siguiéndola las demás importantes poblaciones de Galicia, León y Valladolid.

El fuego que ardía en Aragón se propagó á Cataluña, á pesar de tener los franceses en su poder á Figueras y Barcelona: Lérida y Tortosa se sublevaron; el pueblo quemó en Manresa los decretos de la Junta de Madrid; el 13 de Junio se armó Tarragona contra el extranjero; poco después se instaló en Lérida la Junta directiva en representación de todos sus corregimientos, y Barcelona rasgó el cartel en que se anunciaba el cambio de dinastía.

Las Vascongadas y Navarra que tenían sus mejores plazas ocupadas por los franceses, auxiliaron en cuanto les fué posible el movimiento general. Las Baleares con la escuadra de Cartagena y 10.000 soldados se alzaron también, secundándolas á poco las Canarias.

Castilla la Nueva, dominada por las tropas enemigas, lanzó sus hijos á los campos á interceptar las comunicaciones y sorprender los convoyes.

En quince días se sublevó toda la nación contra el poderoso invasor, á pesar del gran número de fuerzas que Napoleón había reunido en la península; y no puede desconocerse sin gran injusticia la importancia que para la realización de este gran alzamiento, tuvo el famoso parte del alcalde de Móstoles.

Entre tanto, la Real familia cometía en Bayona todo género de desaciertos, y recomendaba á los españoles «amistad para con los franceses».

¡Amistad, después de tantas traiciones y tantas infamias!

¡Amistad, después del sangriento 2 de Mayo!

Para aterrar á los madrileños, convirtió Murat, el Retiro en una fortaleza, llenándolo de baterías; agregó dos regimientos de suizos y españoles al ejército de Dupont y cuatro batallones de guardias españolas y walonas al de Moncey, ordenando al general Salcedo, jefe de la escuadra de Mahón, que se diese inmediatamente á la vela para Tolón.

En suma, Murat más que como generalísimo de los ejércitos napoleónicos, mandaba en España como un rey despótico y absoluto.

Por último, hizo publicar con gran solemnidad las renunciaciones al trono de sus mayores de Cárlos IV y de Fernando VII, y trató de conquistar para el servicio de la Francia á los generales españoles.

Por la negativa de su hermano Luis, rey de Holanda, que no quiso dejar un trono cierto por otro dudoso, el 6 de Junio publicó Napoleón un simple decreto nombrando monarca de España á su hermano José.

Para nada se consultaba á los españoles.

Sus reyes legítimos cedían sus súbditos y su reino á una familia extraña, como se cede un rebaño de ovejas; y ésta comparación es tanto más verdadera, cuanto que Fernando VII y Cárlos VI debían recibir de Napoleón Bonaparte una fuerte pensión anual por sus renunciaciones.

Era imposible que la nación aceptase aquella solución. ¡Es demasiado altivo el pueblo español para tolerar semejantes imposiciones!

La lucha general era inminente: los ánimos estaban preparados para combatir, perecer ó triunfar.

De un lado el poder de Napoleón, el gobierno de José, miles de soldados, riquezas fabulosas... Del otro España, pobre, mísera, abandonada... El alcalde de Móstoles no podía dudar, y no dudó un momento: como buen español optó por España.

Dispúsose á la guerra con todos los suyos... Era viejo; pero tenía joven el corazón.

«¡Guerra á los traidores!» fué el lema de su escudo.

«¡Guerra á los traidores!»—había gritado el valeroso pueblo de Madrid el sangriento 2 de Mayo.

«¡Guerra y cuchillo!»—debía responder el inclito Palafox, en nombre de Zaragoza, á la soberbia intimación de Verdier.

«¡Guerra hasta morir!»—debía exclamar el heróico general D. Mariano Alvarez á los defensores de Gerona.

«¡Guerra sin tregua!»—debía contestar la Regencia en nombre de España á los tratos de paz que la proponía el rey intruso José Bonaparte.

«¡Guerra á muerte!»—fué el grito que lanzaron los españoles todos al levantarse en armas, grito nacional, grito sublime en aquella lucha santa, en aquella gloriosa epopeya iniciada por el famoso parte del célebre alcalde.

No faltaron amigos del Sr. Torrejón, que concedores del efecto producido por su célebre proclama, le aconsejaron que se escondiera ó huyese; pero se negó en absoluto á complacerlos, aprobando su noble conducta, tanto su esposa Cecilia como su sobrino Antonio.

Aquellos amigos, entre los cuales se contaba el Sr. Villaamil, concluyeron por reconocer lo justo de las razones en que se fundaba para arrostrar el peligro, encantados de su proceder y admirados de su patriotismo.

Consideraba D. Andrés Torrejón, como hijo amantísimo de España, que su deuda con la madre patria no estaba pagada con lo hecho; y que como alcalde y como ciudadano, le obligaba el deber á permanecer en aquel puesto, que era de honor y de peligro, no defraudando las esperanzas de los que á él le habían elevado.

Harto sabía que los imperiales, dueños de la capital y casi de España, podían llegar á Móstoles y fusilarle como rebelde; pero al enviar el parte famoso, por él firmado, ha-

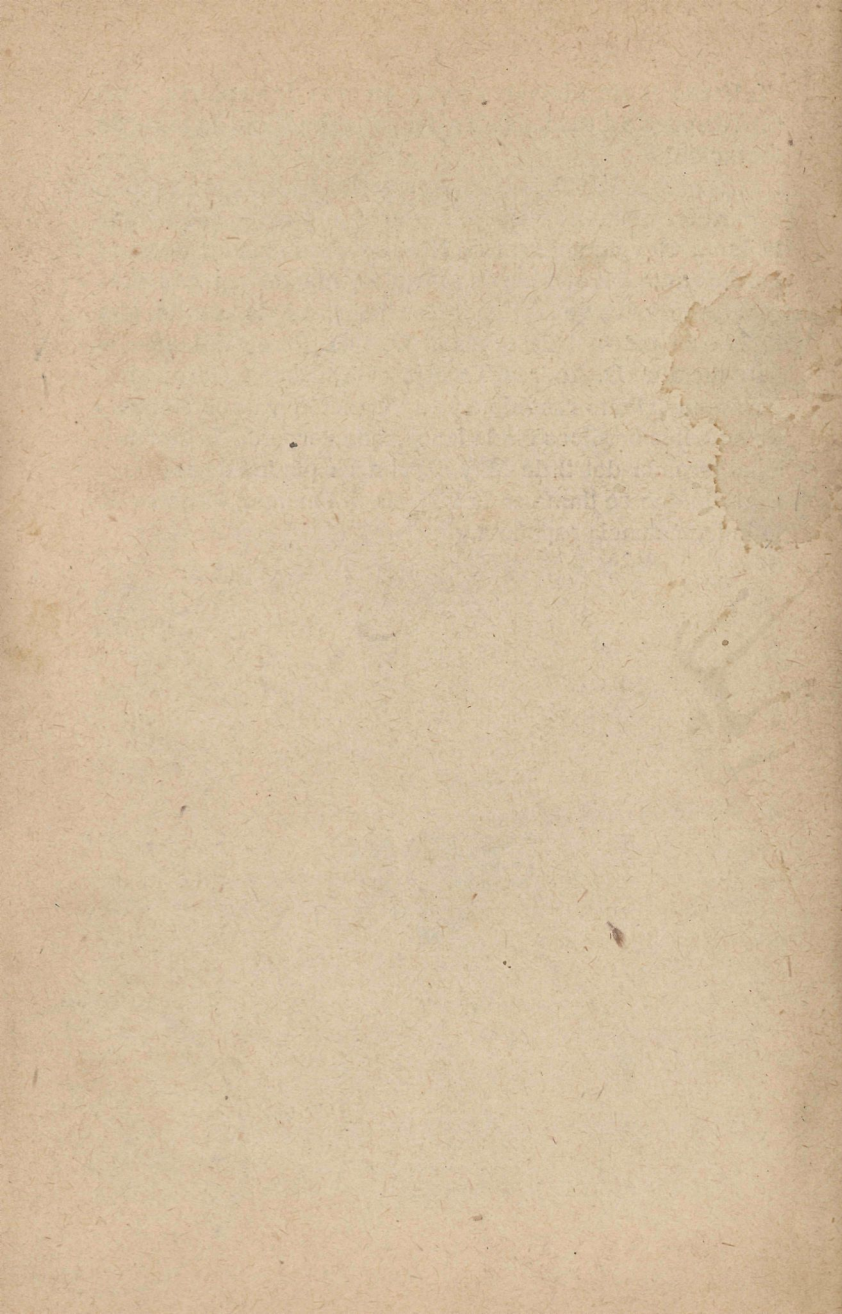
bía hecho el sacrificio de su vida en aras de su patria, y estaba dispuesto á todo. ¡Ejemplo nobilísimo digno de loa y de imitación!

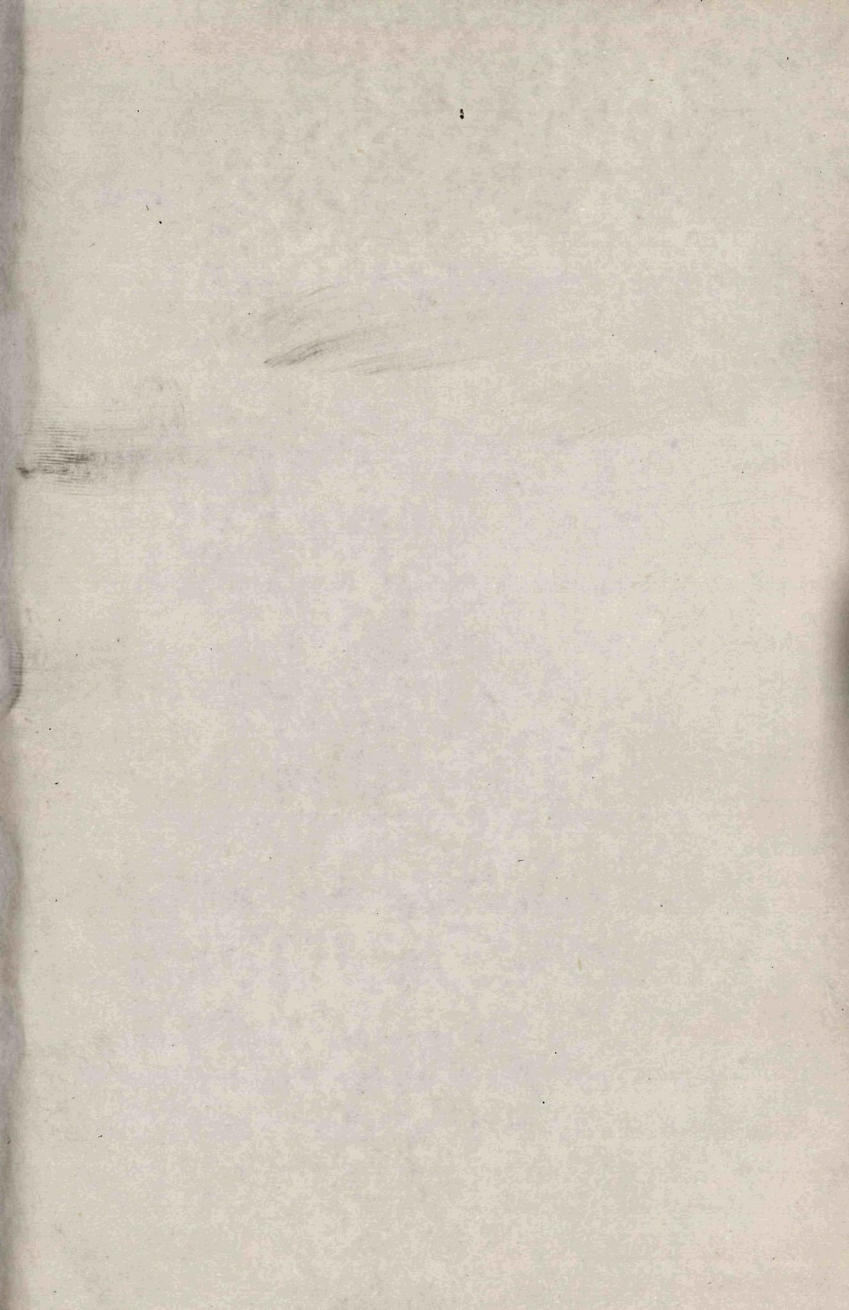
.....

Para terminar nuestro relato sólo nos resta añadir que la Junta Revolucionaria de 1868, deseando conmemorar el heroico acto del alcalde de Móstoles, mandó colocar en la sala de sesiones de las Casas Consistoriales de la villa, una lápida de mármol dedicada á D. Juan Pérez Villaamil, y á los alcaldes D. Andrés Torrejón y D. Simón Hernández; justísimo tributo rendido á la abnegación y al patriotismo de aquellos heroicos ciudadanos, que perpetúa la gloriosísima jornada del 2 de Mayo, primera página de ese libro sagrado que se llama en la historia del mundo: «Guerra de la Independencia española.»

E. RODRÍGUEZ SÓLIS

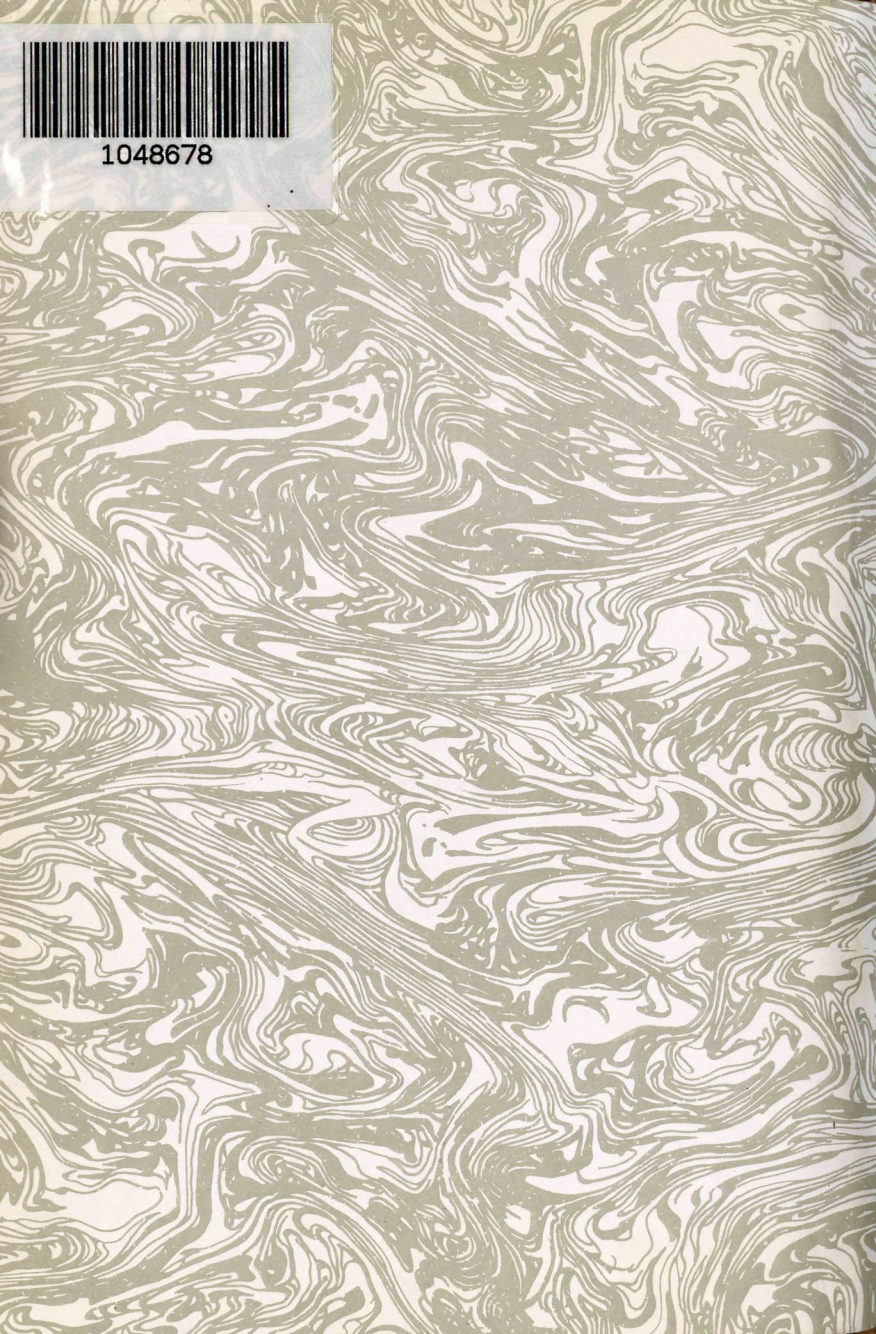








1048678





4 7 104566 120164

